

pero que fingen un costoso brocado. Acaso en algún tiempo habrá parecido la tal pintura una regia tapicería; hoy no parece más que un papel viejo, indigno de la casa del Señor. No es fácil ver templo más disfrazado por la ornamentación indiscreta del siglo XVIII. — Sus retablos presentan una inconcebible profusión de miembros decorativos, como amontonados sin ton ni son para deslumbrar al espectador: columnas, entablamentos, cornisas y cornisillas, hornacinas, medallones, cartelas, guirnaldas, colgantes y macollas, todo está en ellos prodigado sin tasa ni concierto.

Salgamos al claustro para proporcionar algún solaz á nuestros ojos, fatigados de este incomprensible calidoscopio arquitectónico. — Aquí vemos una fábrica noble y majestuosa, harto grande en verdad para una mera iglesia parroquial, siquiera tenga — ó haya tenido — una respetable clerecía de once beneficiados, sacristán mayor y sochantre, con su vicario á la cabeza. Descúbrese en ella desde el primer golpe de vista el deseo que animó al trazador del siglo XV de imitar el claustro de la catedral de Pamplona. Forman éste cinco tramos en cada banda, cada uno de ellos con su soberbia ventana de tres parteluces y su elegante crestería, en cuyo rosetón central alternan el estilo radial del XIV con el flamular del XV. La galería alta ha perdido sus cuatro fachadas, y en la actualidad sólo presenta el fondo de sus cuatro crujías destruídas, decorado con arcos rebajados de ladrillo, que nos revelan cuál era la traza exterior de esta parte del edificio. — Por encima del humilde tejado que cubre su banda del sur, verás asomar un remate de contrafuerte perteneciente al buque del templo, y observarás también cómo el muro de sillarejo de éste te habla de una construcción de época anterior á la torre, que con la nave se halla mal enlazada. Estos accidentes me confirman en la idea de que la iglesia del siglo XV, coetánea del bello y espacioso claustro, no fué derribada al ejecutarse en ella la restauración churrigueresca que ahora vemos, ya por ser muy costosa la demolición de un gran

edificio de piedra, ya por parecerles más cómodo á los arquitectos de chupa y pelucha aplicar, como hemos indicado, la decoración pseudo-clásica á las líneas y miembros ojivales.

La torre de la *Asunción*, más que churrigueresca, puede llamarse *borrominesca*, y su forma no carece de cierta elegancia. Su cuerpo medio, cuadrangular, está reforzado con cubos en los ángulos, y en sus caras están abiertas las ventanas del campanario, altas y angostas, contornadas de sencillos resaltos. El cuerpo superior es ochavado, y bastante parecido al de las torres de *Santiago* de Puente la Reina y de *Santa María* de Mendigorriá: decóranle torrecillas cilíndricas separadas del cuerpo de la construcción, las cuales cargan á plomo en los ángulos sobre los cubos del cuerpo inferior, y sólo llevan cierta trabazón ideal con el referido cuerpo ochavado en los arbotantes que por vía de adorno, y sin conocimiento alguno del oficio de estos importantísimos miembros, puso el arquitecto entre aquel y éstas á modo de sutiles grímpolas. Las mencionadas torrecillas rematan en cuerpos cilíndricos istriados y coronados de cupulitas, de silueta más propia de las obras de torno que de las formas arquitectónicas racionales, y mera caricatura del pináculo gótico. Las cuatro ochavas que reciben los tales arbotantes, no tienen ventanas; las otras cuatro, exentas, llevan sendas ventanas en arco de medio punto, largas y profundas, y ocupadas con celosías en que se remeda la crestería gótica. Sobre cada ventana, en una zona superior separada de la principal por una imposta, hay una claraboya circular: y como remate de la torre, álzase en medio de una incoherente vejetación de boliches que remedan pináculos, hoy medio rotos y derribados, una bien proporcionada linterna con su cupulino, sobre el cual carga el macarrónico aditamento de pirámide, bola y cruz.

Tiene este templo un majestuoso pórtico sobre la plaza del mercado: estos espaciosos ánditos, tan cómodos para las procesiones y para la concurrencia de los fieles en las grandes solemnidades religiosas, eran lo único que trazaban con verdadera

grandeza los arquitectos de la pasada centuria. La imafrente ó hastial de la iglesia cae al paseo que limita la villa por el occidente, y paralelo al cual discurre el río Odrón. Desde aquel lado ofrece el templo de la *Asunción* un conjunto pintoresco, porque el espectador situado en el paseo, dando la espalda al río, tiene en frente un arco de entrada á la villa, obra del tiempo de don Felipe V—de cuya época me parecen el gran pórtico, la torre, la costra de greco-romano bastardo que hoy afea el templo, con todas las gámbinas de retablos dorados y adornos de que está cuajado,—y al fondo, descollando sobre el cuerpo de la iglesia, la ingente torre, que no por ser de mal razonada arquitectura, deja de ser una mole esbelta y atrevida.

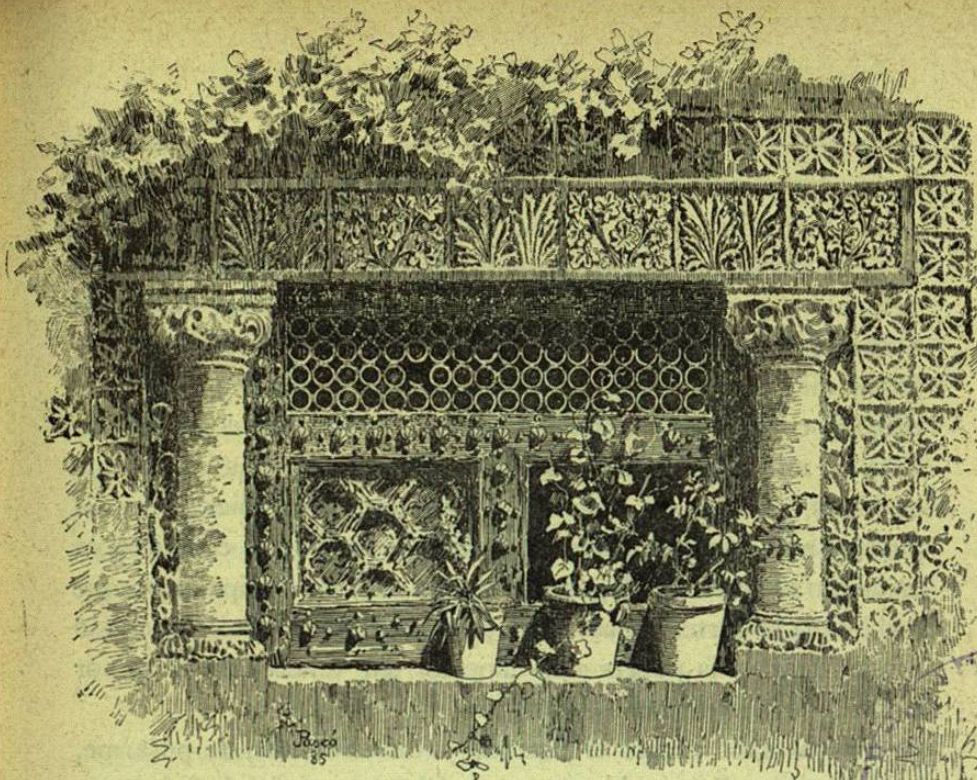
Una ojeada á la imagen de Nuestra Señora que se venera en este templo, será el final de nuestra indagación artística en la villa cuyo nombre empezó á sonar para nosotros cuando abría su castillo á las secretas reuniones de los partidarios de Eustaquio de Beaumarché, poco antes de estallar en el siglo XIII la *guerra civil de Pamplona* (1). El bondadoso vicario nos permite examinar despacio la santa efigie, subiendo al camarín donde se custodia, y hasta separando, hasta donde es posible hacerlo, la rígida y pesada estofa de su vestidura. Bien estudiada esta escultura, de talla de madera, nada se descubre en ella que pueda atribuirse á época anterior al siglo XIV. El enorme rostrillo de oro y pedrería que circunda la cara de la celestial Señora, no consiente en verdad formarse una idea exacta de la proporción y aire de su cabeza, circunstancias muy características en la estatuaría de la Edad-media; pero lo dulce de su expresión, el rasgado de sus ojos, la delgadez de sus labios, la lindeza del niño Jesús, á quien tiene amorosamente abrazado, y el noble plegado de su vestidura, todo concurre á crear en mí el íntimo convencimiento de que estoy contemplando una imagen traída de

(1) Tomo II, p. 256.—Del castillo que tenía Losarcos en el siglo XIII no quedan ni los muros.

las orillas del Sena en tiempo de Carlos *el Malo*, ó acaso por este mismo rey.

Cuando entré en Losarcos, hice con la posadera mi *menú* para el simulacro de comida que me había de servir. Casualmente acababan de consumirse todas las provisiones que tenía (esto suele sucederle siempre al que viaja por nuestra sobria España); sólo había huevos, y unos pollitos tísicos que vagaban por el corral, felicitándose quizá en su particular lenguaje de haber salvado la hora crítica del día. Había preguntado si tenían cerveza en el pueblo, y me respondieron que era probable pudiese contar con ella, porque unos alemanes hospedados en una casa vecina durante la última guerra, habían dejado allí un par de botellas, que nadie quería beber.—Mientras el simpático Vicario y su acompañante me despedían en la plaza, la hija de mi posadera, que me había visto desde lejos, me esperaba á la puerta triunfante con una botella de cerveza de Bremen en la mano.—Señor, aquí está: sólo ésta tenían; ya me han dicho cómo la he de destapar, porque en descuidándose, se vuelve toda espuma.—No pude atravesar bocado: la sopa, los huevos y el pollo venían rebosando aceite rancio y crudo, y yo no había podido acostumbrarme á este condimento, tan del gusto de los naturales de la tierra. La niña me miraba afligida:—La taza de café del Sr. Vicario me ha quitado la gana, le dije para no avergonzarla. Á ver si sabes destapar esa botella.—La Felisa Arizmendi (consigno el nombre de la amable niña para que no se crea que invento este episodio) la tomó resuelta entre sus blancas y nerviosas manos, y verla yo manejando el sacacorchos y sentirme todo rociado, cabeza, cara, pecho y brazos, por una especie de ducha de líquido espumoso, fué todo uno. La pobre muchacha, no bien sacó el corcho, introdujo el dedo por el cuello de la botella para contener la salida del licor; pero como le tenía menudito, no consiguió tapanlo del todo, y la cerveza, escapándose con fuerza por la circunferencia, parecía el surtidor de una fuente deshecho en hilos en forma de canastillo.

Asustada la pobre niña, se quedó hecha una estatua de hielo: la botella se fué toda en borbotones de espuma, sin que conservara una sola gota del estomacal brebaje de Bremen; y cuando á la puerta de la posada, de la cual salí tan en ayunas como había entrado, tomaba mi tílbury y pagaba á la posadera mi hostalaje, la comida de mi cochero y el pienso dado al caballo, supe con sentimiento que aquella delicada criatura no había comido de pesadumbre. Seguramente no nació ella para las rudas campañas de la vida de posadera.



## CAPÍTULO XXVIII

BIBLIOTECA

Mués: San Gregorio Ostiense.—Sorlada.—Acedo.—Montemuru.—Abárzuza.—  
Ruinas del monasterio de Iranzu.—Villanueva.—Muez y la gran batalla.—  
Salinas de Oro.

EL trayecto de Losarcos á Mués fué breve: ya divisaba yo desde antes de llegar á la falda de la montaña que sirve de asiento á la basílica de San Gregorio Ostiense, la mole majestuosa de este célebre santuario descollando en su cima y dorada por los rayos del sol poniente. Arrebolados celajes anunciaban para antes de hora y media un ocaso tan espléndido y rico de matices como suelen serlo todos los de otoño en estos valles navarros. En un casucho de la humilde hilera de cons-